

Hoy me incomoda ser mujer. No porque no milite en el orgullo que Maria Aurèlia Capmany convirtió en literatura y Marina Rosell en poesía musical. Felizmente soy mujer, porque me amo a mí misma y porque formar parte de un colectivo humano históricamente dominado no me achica la autoestima. Como mucho, me alimenta el sentido de justicia. No. Si formulo la rotunda expresión, lo hago por deseo de equidad.

No quisiera que lo que escribo en estas líneas pareciera una defensa gremial, mujeres con mujeres, retazos del feminismo militante. Este debate no es un debate sobre la mujer, sino sobre la democracia, y aunque seamos mayoritariamente las mujeres las que levantemos la bandera, el problema o damos la batalla, la solución nos atañe a todos. Es una cuestión social. De mujeres conscientes y de hombres justos. Es decir, de personas comprometidas con los valores fundamentales.

En este sentido, mi defensa de la ley del Gobierno contra la violencia de género, y la rotunda convicción de que hay que mantener tanto la discriminación positiva, como el concepto usado, no nacen ni de la condición biológica que me define ni de la posición ideológica que, respecto de la paridad, he defendido siempre.

MÁS ALLÁ de nuestra condición sexual y mucho más allá de nuestras ideas, todos, comprometidos o no, tenemos un problema gravísimo. Las fuentes oficiales hablan de casi dos millones de mujeres maltratadas y el maltrato es la primera causa de muerte en algunas franjas de edad femeninas. Lacre social transversal, puede atacar a mujeres ilustradas y a analfabetas, a ricas y a pobres, a emancipadas o a mujeres que nunca se han movido de casa. Es, hoy por hoy, el problema social más serio que tenemos en nuestra sociedad, sólo equiparable a la muerte en las carreteras y al terrorismo. De hecho, sin duda, es una forma de terrorismo.

¿Por qué la defensa de la discriminación positiva y el mantenimiento del concepto de violencia de género? Desde mi perspectiva, es la única posición realmente comprometida para luchar contra esta lacra. No se puede tratar a la violencia de género como una violencia más, como la suma de desgraciadas agresiones individuales, porque el tema es histórico, colectivo y cultural. Lo que tenemos enfrente es el paradigma cultural del dominio que, durante siglos, ha marcado las pautas sociales y las relaciones humanas. La agresión de una mujer contra un hombre se circunscribe en el concepto de violencia individual, y como tal tiene que ser tipificado y castigado. Pero la violencia contra las mujeres es un hecho social, plenamente insertado en una concepción de dominio y poder.

La maté porqué era mía no ha sido sólo un desgraciado lema populachero, sino el titular estridente de toda la literatura histórica que ha confundido amor con poder y que, incluso, ha poetizado la muerte. En tiempos no demasiado lejanos, ¿no estuvimos encantados con el bofetón que un ofendido Glenn Ford daba sonoramente a una perversa Rita Hayworth, en la mítica película de Vidor? Y los que son de mi generación, ¿cuántas veces cantamos El preso número 9, de Joan Báez, con su lindo estribillo "y si vuelvo a nacer, yo la vuelvo a matar"? ¡Y nos encantaba el preso! Hoy ya sabemos que no era un amante ofendido, sino un delincuente. Y hoy sabemos también que Gilda puede hacer lo que quiera con su guante, porque para ello es su guante, su cuerpo y su vida.

NO NOS enfrentamos ante un drama individual, ni ante un exceso privado de violencia. No es una violencia ni espontánea ni aleatoria, ni transferible. Por supuesto, nadie está exento de ser violento, hombre o mujer. Pero a diferencia de la violencia contra los hombres, lo que padecen las

mujeres como colectivo, la violencia que tiñe de sangre las más cruentas estadísticas, y tiñe de horror la vida de tantas, todo ello nace en el interior mismo de nuestra cultura global, forma parte de lo que hemos mamado, enseñado, aprendido y probablemente mal digerido. O digerido para mal. Por ello hay que tratar el tema de forma específica y de forma femenina, porque late, debajo de la tragedia, la cuestión femenina.

O asumimos críticamente los monstruos que habitan en el interior de nuestra cultura patriarcal, superada en las leyes pero no en el paradigma social, o no resolveremos el problema. Sin tapujos: es violencia de género. Ha nacido del dominio de un género sobre el otro, de la cultura que lo sustentó y de la mala literatura que lo glorificó. Para superarlo hay que tratarlo como lo que es y discriminar a favor de la víctima, sin falsas equidades de sectores ultramontanos que, con tanto prurito igualitario, hacen buena la terrible máxima: todos somos iguales, pero unos más iguales que otros. Sobre todo en el maltrato.